

EDITORIAL

Expresión intrínseca de lo humano, la danza tiene sus orígenes en los albores de la humanidad y, quién sabe, tal vez más allá de ella, es decir, antes de que como seres racionales iniciáramos nuestra existencia como especie sobre la faz de la Tierra.

Sus múltiples funciones abarcan desde su aporte a la cohesión social hasta la de catarsis, pasando por las de vínculo de comunicación, expresión estética y simbolización humana del mundo circundante.

Es expresión de identidad, es decir, de lo que se es, de la forma de existir en el mundo. Como tal, muestra la personalidad social de los pueblos, por lo que a través de ella puede leerse su talante, identificar sus miedos y adivinar sus gustos. En ella se sublima su espíritu y, ritualizándola, los seres humanos la ponemos en el centro de nuestra vida social.

Siendo Centroamérica lugar de encuentro de culturas, sus expresiones son múltiples y variadas. Esta variedad proviene de diversas causas: la primera, de sus distintas raíces; la segunda, de los distintos momentos históricos en los que se fueron concretando sus distintas expresiones; y una tercera de lo que quiere decir, es decir, de lo que simboliza o sublima cada una de sus expresiones.

Remitiéndose a lo que hemos llamado *sus raíces*, las hay de raigambre indígena, africana, árabe o ibérica, cada una de las cuales, a su vez, son ya en sí crisol de otras múltiples influencias que solo el estudio erudito, científico y pormenorizado pone en evidencia. Véase, por ejemplo, el conocido Baile de la Conquista, que se escenifica en Guatemala. Creación de origen colonial, es expresión del género de moros y cristianos, que en España funde tradiciones que se encuentran tanto en la orilla africana como europea del mar Mediterráneo; pero, al mismo tiempo, se filtran en él formas de representación dramática propias de los pueblos prehispánicos de la región sur de Mesoamérica; eso sin contar las «contaminaciones»



contemporáneas con géneros musicales como el hip hop o el rap, que, aunque no son analizados en los artículos que tocan el tema en este número de nuestra revista, existen y enriquecen este baile popular tradicional.

Ateniéndonos al otro criterio que hemos expuesto para valorar la variedad de las expresiones danzarias, el del tiempo histórico, véase en esta edición lo referente a la danza contemporánea, expresión que nace y se desarrolla en nuestra región hasta ya entrada la segunda mitad del siglo XX, en contraste con todos aquellos bailes populares que aquí se presentan de El Salvador y Honduras.

Por último, enriquecen esta variedad las diferentes temáticas que permean los bailes y las danzas, desde las que recrean y se posicionan ante hechos históricos hasta las que expresan el cortejo amoroso, la decepción del abandono o la locura del enamoramiento.

Por otra parte, hemos establecido una división entre baile y danza para efectos de exposición. Catalogamos como baile lo que es expresión de lo popular y como danza lo que requiere una sistematización profesional.

Con este número nuestra revista inaugura un nuevo apartado que hemos denominado Sección de análisis. Buscamos publicar en ella ensayos relevantes que no se atienen a la temática central convocada por nuestra publicación, pero que contienen reflexiones que consideramos atinentes para nuestros lectores.

Queda, pues, este nuevo número de Ístmica en sus manos. Esperamos que constituya un aporte al mejor conocimiento del baile y de la danza en Centroamérica y el Caribe.

Rafael Cuevas Molina
Director de Ístmica

Marta Ávila Aguilar
Editora académica invitada